

Las filiaciones hiladas de Cristina Rivera Garza en *Autobiografía del algodón* (2020)

Nicola Licata¹

Resumen Este artículo propone un análisis de las tres filiaciones que (re)teje y entrelaza Cristina Rivera Garza en *Autobiografía del algodón* (2020). Primero, explora su filiación genealógica, más exactamente el relato que la autora recompone de la vida de su abuelo paterno. Se centra luego en su filiación literaria, resueltamente enfocada en el escritor mexicano José Revueltas, a quien Rivera Garza incluye en su historia familiar. Por último, examina la filiación planetaria que el libro apunta a reinstaurar basándose en la ideología de Revueltas, en el corazón de la cual se encontraba el vínculo fundamental que nos une a todos y todas a nuestro planeta.

Palabras clave: Cristina Rivera Garza, relato de filiación, México, José Revueltas, violencia lenta, autoficción.

[en] Cristina Rivera Garza's Intertwined Filiations in *Autobiografía del algodón* (2020)

Abstract. This article analyses the three filiations that Cristina Rivera Garza (re)weaves and intertwines in *Autobiografía del algodón* (2020). First, it explores her genealogic filiation, more exactly the narration she recomposes of her paternal grandfather's life. Then, it deals with her literary filiation, resolutely focused on Mexican writer José Revueltas, whom she includes in her family story. Finally, it examines the planetary filiation the book aims at reinstating, building on Revueltas' ideology, at the heart of which lied the fundamental bond that links us all to our planet.

Keywords: Cristina Rivera Garza, filiation narrative, Mexico, José Revueltas, slow violence, autofiction.

Sumario. 1. Introducción. 2. Filiación genealógica. 3. Filiación literaria. 4. Filiación planetaria. 5. Conclusiones líquidas.

Cómo citar: Licata, N. (2023) Las filiaciones hiladas de Cristina Rivera Garza en *Autobiografía del algodón* (2020), en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 52, 81-95.

Esta es la historia de mis abuelos, abriéndose paso entre matorrales y huizaches, lodo, culebrillas. La historia de cómo una planta humilde y poderosa transformó las vidas de tantos, comunidades enteras, hasta el clima mismo. La historia de cómo, aun antes de nacer, el algodón me formó.

C. Rivera Garza, *Autobiografía del algodón*

1. Introducción

Desde *Las genealogías* (1981), el libro precursor de Margo Glantz, se multiplicaron en México aquellos relatos que el teórico francés Dominique Viart reúne bajo la categoría de “relatos de filiación”. Tan solo en lo que concierne a la última década podemos citar, entre otros, *Canción de tumba* (2012) de Julián Herbert, *Tela de Sevoya* (2013) de Myriam Moscona, *La emoción de las cosas* (2013) de Ángeles Mastretta, *Examen de mi padre* (2016) de Jorge Volpi, *No contar todo* (2018) de Emiliano Monge, *Por tierras extrañas* (2019) de Jacobo Sefamí, *El amante polaco* (2019-2021) de Elena Poniatowska, *La cabeza de mi padre* (2022) de Alma Delia

¹ Colaborador científico en la Université de Liège, Bélgica/Beneficiario del Programa de Becas Posdoctorales de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el seno del Centro de Estudios Literarios (Instituto de Investigaciones Filológicas), bajo la asesoría de Yanna Hadatty Mora. Correo: n.licata@uliege.be

Murillo o *La figura del mundo* (2023) de Juan Villoro. Recientemente, Cristina Rivera Garza (Matamoros 1964) también ha incursionado en esta forma literaria con *Autobiografía del algodón* (2020). Sin subvertir del todo los rasgos definitorios del concepto de Viart, este libro sondea, pone en evidencia e incluso rebasa sustancialmente algunos de sus límites. En primer lugar, *Autobiografía del algodón* no se interesa en una sola figura familiar sino en todo un árbol genealógico que se remonta hasta los bisabuelos paternos y maternos de Rivera Garza:

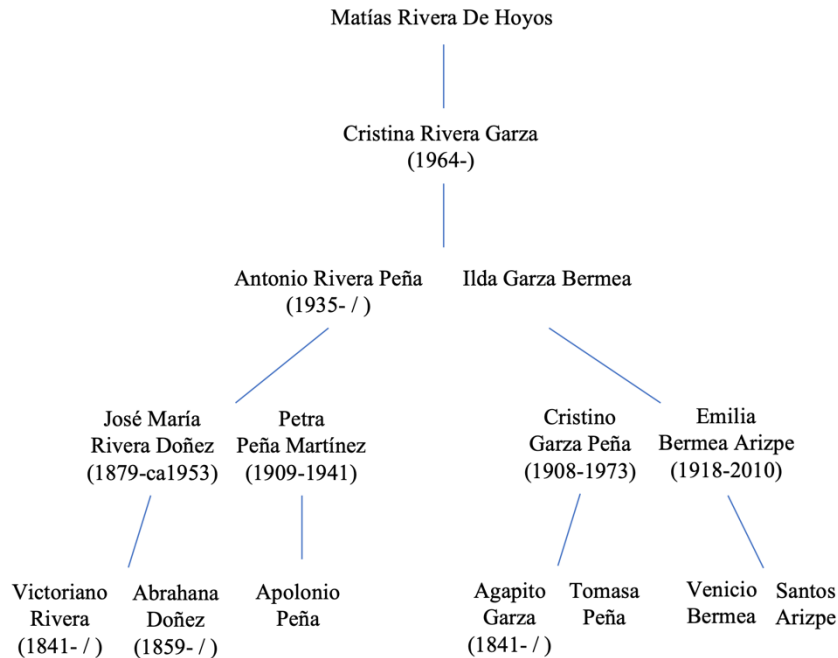


Ilustración 1. Árbol genealógico descrito por Rivera Garza en *Autobiografía del algodón*

Al reconstruir la historia de las tres generaciones que la precedieron, Cristina Rivera Garza da a su relato la amplitud de un vasto fresco que abarca no menos de ciento cincuenta años de historia a la vez íntima y colectiva. La autora establece, en efecto, una serie de vínculos entre su ámbito privado familiar y el ámbito público de la política mexicana. El punto de partida de su libro es la huelga sin precedente, en 1934, de varios miles de cultivadores de algodón de Estación Camarón, en el estado de Nuevo León, en la que participó su abuelo paterno, José María Rivera Doñez.

Quien también tomó parte en la huelga histórica de Camarón es el escritor José Revueltas, que, lejos de ser un simple testigo de la misma, la encabezó y, por ello, fue encarcelado. Aludir a la vida y/o a la obra de otros escritores no es un recurso extraño a los relatos de filiación, pero Rivera Garza modifica sin embargo las formas de proceder más habituales en la materia. No se contenta con remitir a ciertas ideas de su homólogo pasado, sino que lo integra directamente a su historia familiar y, lo que es menos habitual aún, funde y confunde su propio relato de filiación con *El luto humano* (1943), la novela en la que Revueltas transpuso, en el modo de la ficción, los eventos de Estación Camarón. Nuestras filiaciones genealógicas son determinadas por la sangre; las filiaciones literarias obedecen en cambio a una cuidadosa construcción de afinidades. En *Autobiografía del algodón*, Rivera Garza recupera la ideología de Revueltas y se basa en ella para defender lo que podría llamarse una filiación ‘planetaria’, en el sentido de que invita a cada uno y cada una a reconectarse con las raíces naturales que nos vinculan de modo elemental a la tierra, al conjunto de las especies vegetales y animales, así como al resto de los seres humanos.

El presente artículo se divide en tres partes que analizan respectivamente estas diferentes filiaciones, minuciosa y sutilmente hiladas por Cristina Rivera Garza.

2. Filiación genealógica

En “Naissance, raisons et évolutions d’une forme littéraire” (2019), Dominique Viart define el relato de filiación por oposición a la autobiografía tradicional. Como esta última, enuncia Viart, el relato de filiación es un género esencialmente referencial fundado en la vida personal del autor, pero a diferencia de ella, su personaje principal no es el autor sino uno o varios de los antepasados de este. En principio, el autobiógrafo lo sabe todo de su historia de vida y de su personalidad; el descentramiento que opera el relato de filiación, cuyo autor no escribe sobre su persona sino sobre alguno(s) de sus familiares, a quien(es), por íntimo(s) que sea(n), no puede conocer tan bien como a sí mismo, va de la mano con una incertidumbre fundamental, la cual motiva una investigación destinada precisamente a reducir dicha incertidumbre al mínimo (2019: 13). Viart califica la aproximación del relato de filiación como “arqueológica” en la medida en que se trata, para su autor, de coleccionar, analizar e interpretar un conjunto de materiales —documentos, testimonios, recuerdos, etc.— que le permitan entender mejor su pasado familiar y, por ende, su propio presente (2019: 14).

Autobiografía del algodón es un modelo exacto de esta definición. La autora relata la historia de su familia con especial énfasis en la vida de José María Rivera Doñez, y para tal fin procede a una investigación ‘arqueológica’ rigurosa que se encuentra puesta en escena en el libro. Entre los fragmentos del mismo relativos a su genealogía se intercalan, de hecho, otros fragmentos en los cuales la propia Rivera Garza visita los lugares alguna vez habitados por sus antepasados y consulta un gran número de materiales procedentes de fuentes diversas, como archivos de familia y de Estado o internet. Entre ellos figuran fotografías (2020: 75-76; 135-136; 226), actas de nacimiento, matrimonio y defunción (2020: 99; 134; 156; 219), un formulario migratorio (2020: 205-206; 216-219), un mapa (2020: 171) y telegramas (2020: 50-57; 71), algunos de los cuales son simplemente descritos mientras que otros están reproducidos en el libro. Paralelamente a esta indagación concerniente a la historia de su ascendencia, la autora efectúa una investigación de índole más académica sobre la Historia de las regiones del país atravesadas por su pasado familiar, que contribuye a dar al relato un espesor memorial aún mayor. Una sección final de “Fuentes” (2020: 307-316) lista cada ensayo, revista, tesis y periódico utilizado, así como las bibliotecas y los archivos de donde provienen los recursos correspondientes.

El nacimiento y el actual auge del relato de filiación responden a circunstancias sociales determinadas. En el artículo citado *supra*, Viart estipula que una característica común a numerosos autores de relato de filiación es su extracción humilde y provinciana. Beneficiándose del ascensor social, estos accedieron por primera vez en su línea familiar a la enseñanza universitaria, y por consiguiente adquirieron un capital cultural y social superior al de sus ascendientes. Son, todavía según Viart, quien retoma la expresión de Pierre Bourdieu, “tránsfugos de clase”, y todos, añade el estudioso, tienen una conciencia nítida de ello (2019: 23). No es irrazonable suponer que Rivera Garza, socióloga de formación, tiene un conocimiento particularmente fino de este fenómeno, de sus causas y consecuencias. Escribe al respecto en *Autobiografía del algodón*:

Mi familia nunca se sentó a la mesa, como frente a un micrófono, con la explícita intención de hablar de su historia con el algodón. De hecho, pocos entre ellos han creído que su historia sea lo suficientemente relevante como para justificar la existencia de una conversación, mucho menos de un libro. [...] Ningún comentario de más. Como si nos estuvieran protegiendo de ese saber o de esa memoria; o, ahora que lo pienso bien, como si hubieran estado protegiendo ese saber y esa memoria de todos nosotros. Al final, nos iríamos lejos, lejos de la casa, lejos de la tierra de la labranza, y nos convertiríamos poco a poco, de maneras tal vez inadvertidas, en el enemigo mismo. Estábamos en guerra. Y, en la guerra, nunca nadie le revela sus secretos al enemigo. El nombre de esa guerra era la modernización. Nuestros padres nos miraban comer o hacer mandados, leer, reír a carcajadas, y lo sabían. Nos acariciaban y lo sabían. Esos hijos crecerían para ser *algo más*, para alejarse del algodón, los traicionarían al final (2020: 201-202).

El cambio de universo cultural y social le inspira al hijo o la hija tránsfugo/a nuevos intereses, diferentes de los que alimentaban sus antepasados. Esto puede engendrar en él o en ella un sentimiento de traición, de culpa e incluso de vergüenza, que Viart, en otro artículo sobre el tema, estima constitutivo del relato de filiación. Es ese sentimiento el que, de ser lo suficientemente vivaz, suscita según él el deseo de reconexión con la herencia familiar (2009: 105).² Además de la traición de clase, el artículo en cuestión, titulado “Le silence des pères au principe du récit de filiation”, explora otra circunstancia social inherente al relato de filiación, la cual aflora

² Rivera Garza es explícita al respecto. Inmediatamente después de dejar transparentar su sentimiento de traición por haberse alejado de su familia y del algodón, convirtiéndose así en el ‘enemigo’, precisa: “A veces un libro es una forma de regreso: una refamiliarización y una reparación. La plática que se retoma después de años de sigilo” (2020: 202).

igualmente en el extracto precedente, a saber, el hecho de que el medio de origen modesto de sus autores sea más bien propicio al silencio. Tiende a callar las emociones, los deseos, los sufrimientos, y precisamente por esta transmisión deficiente los descendientes se ven obligados a emprender una investigación que les permita rearticular el pasado familiar (2009: 99-102).

Escribía más arriba que *Autobiografía del algodón* es un modelo exacto de la definición de Dominique Viart. Para ser del todo correcto, haría falta precisar que se trata de un modelo *casi* exacto de la misma, que respeta sus principales características pero simultáneamente interroga, desvía y amplía sus contornos. En el subcapítulo de *La Littérature française au présent* dedicado a los relatos de filiación, Viart hace notar que, frecuentemente, el proceso de investigación del hijo o de la hija es obstaculizado por la muerte del pariente cuya historia de vida pretendía reconstituir. Desaparecida la principal y, en algunos casos, única fuente de información, esta historia a menudo toma otro cariz. “Nombre de récits de filiation”, escribe el teórico, “se réduisent alors au recueil des derniers jours, des dernières heures, sans que cette agonie soit forcément le socle à partir duquel édifier la reconstruction de l’existence qui vient de s’éteindre” (Viart y Vercier 2005: 89).³ Viart se refiere a la muerte de los ascendientes, pero ni aquí, ni en el resto de sus trabajos, menciona la posibilidad de que la investigación se vea dificultada por un mal que amenaza, no la vida del pariente, sino la vida del propio autor del relato. En la exploración de su pasado familiar, Rivera Garza surca las carreteras y los pueblos —muchos de ellos fantasma— del nordeste de la República mexicana, y al hacerlo no se siente a sus anchas. Insiste al contrario una y otra vez en el peligro que implica tal viaje, con más razón todavía para una mujer. En busca de la ahora desierta Estación Camarón, asistida por su amiga Sorais, declara: “Es una verdadera locura que dos mujeres, dos mujeres solas, emprendan este viaje. Pero allá vamos, menos por distraídas o irresponsables, y más porque [...] en un mundo donde dos mujeres pueden desaparecer sin más de las carreteras de México, es preciso reivindicar el derecho a ocupar el espacio público” (2020: 29). Pero reclamar este derecho, por más fundamental que sea, es una empresa realmente arriesgada, hasta tal punto que puede leerse algunas páginas más lejos:

¿Nos sigue, de verdad, esa camioneta negra? Tenemos que recordar que somos dos mujeres sobre una carretera que cruza el llano estepario. [...] Dos mujeres sin Estado, sin ejército, acaso sin país. Dos mujeres en este tipo de soledad, delirando sobre el desierto, estos miles de huesos, estos miles de cráneos. El presente se acerca por el espejo retrovisor. Hay una fosa submarina no lejos de aquí. La camioneta del presente continúa ahí, pegada a nosotras por el espejo retrovisor. Si aumentamos la velocidad, la aumenta; si la disminuimos, la disminuye. Las ventanillas ahumadas no nos permiten ver qué pasa en su interior. [...] No es la primera vez que tenemos miedo en este viaje, pero sí la primera en que lo admitimos. [...] ¿Nos regresamos? No hay más que ver por el espejo retrovisor para responder en silencio que sí y dar de inmediato la vuelta en U (2020: 35-36).

La narcofosa submarina aquí aludida es uno de los *leitmotiv* del libro, donde se condensa, en pequeño, la violencia sin límites del capitalismo en su versión más *gore*, según el concepto de Sayak Valencia (2010), en la que el cuerpo y la vida humana no tienen otro valor que el de capital viviente, de mercancía más o menos rentable y fácilmente desechable destinada a no ser más que un medio en el proceso de reproducción de la riqueza. Es esta violencia descontrolada la que pone trabas a la investigación de Rivera Garza y le impide visitar tanto Estación Camarón, a la que nunca llega, como Mingolea, el lugar de nacimiento de José María Rivera Doñez.⁴

En el curso de su investigación, Cristina Rivera Garza nunca se desplaza sola, menos aún de noche, y teme, casi en la misma medida que a los narcotraficantes, a los policías y a los militares potencialmente corruptos (2020: 30; 32-33). Aquellos no le inspiran la menor confianza, y a la inversa, ella despierta sospechas entre los burócratas responsables de los archivos que desearía consultar (2020: 34; 105; 300), por hurgar en la historia local de esos lugares donde investigar se ve con malos ojos. Como las rutas que recorre, las indagaciones genealógicas de Rivera Garza son por lo tanto largas, sinuosas y sembradas de obstáculos a veces insalvables, incluso mortales. Pretende restituir la historia olvidada de, y devolverles la dignidad perdida a sus *parientes*,

³ “Numerosos relatos de filiación se reducen entonces al recuento de los últimos días, de las últimas horas, sin que esta agonía sea necesariamente la base a partir de la cual se edifica la reconstrucción de la existencia que se acaba de extinguir” (trad. propia).

⁴ Este otro viaje igualmente fallido a Mingolea se efectúa a bordo de un taxi cuyo chofer se muestra cada vez más nervioso y reticente conforme se atenúa la luz del día. “Si nos cae la noche, yo no respondo por lo que pueda pasarles” (2020: 101), les advierte el taxista a Cristina Rivera Garza y Saúl, su acompañante; “Piquenle, dice el taxista” (2020: 104); “Yo para allá ya no le doy, dice alarmado y convencido a un mismo tiempo” (2020: 105); “Nos advierte que se está haciendo tarde. Vámonos ya, dice” (2020: 106); “El taxista [...] nos da un ultimátum. O nos regresábamos ya de una vez a San Luis Potosí o nos dejaba ahí” (2020: 107).

pero en este proceso arriesga su vida y no puede contar con la protección ni tampoco con una ayuda plena de su propia *patria*.⁵

Por lo general, en el relato de filiación predominan las figuras masculinas. No es que en estos relatos las figuras femeninas no se evoquen nunca, sino que globalmente los hombres tienen más representación en ellos que las mujeres. Viart explica esta relación de fuerza por el simbolismo de la figura del padre, que encarna el saber y la autoridad, mientras que la madre se asocia más bien a los aprendizajes íntimos de la infancia (2009: 103). *Autobiografía del algodón* también se aparta del formato más tradicional del relato de filiación en este sentido. Aunque Rivera Garza se centre en la historia de su abuelo paterno, esto no le impide conceder un lugar considerable a sus parientes femeninas y liberar a estas del estereotipo de la mujer débil e indecisa, inferior a su esposo y sumisa a una sociedad machista.

En *Borderlands/La Frontera* (1987), Gloria Anzaldúa enfatizaba la permeabilidad de las fronteras que separan y distinguen demasiado categóricamente a las mujeres de los hombres. No es casual entonces que Rivera Garza establezca un paralelo entre ella y Petra Peña, su abuela paterna, tercera y última esposa de José María Rivera Doñez, destacando el nahual que ambas tenían en común: la serpiente (2020: 210-211).⁶ Mediante sus actos y sus palabras, Petra difumina, al igual que Anzaldúa, la frontera entre los géneros. Se afana tanto dentro de la casa y fuera de esta, sin descanso ni quejas, que a José María “a veces, viéndola trabajar, se le hace increíble pensar que en realidad es una mujer” (2020: 68). José María es analfabeta; Petra es el primer miembro de su familia en saber leer y escribir (2020: 43). Contrariamente a lo que indica Viart, es por consiguiente ella, más que él, quien posee aquí la autoridad en materia de saber.

Fue Nellie Campobello quien, con *Cartucho* (1931), empezó a invertir la tendencia de las llamadas “novelas de la Revolución” a reducir a las mujeres a simples figuras de decorado en la lucha que agitó México durante la década 1910. En esta novela, Campobello describe al personaje de Nacha Ceniceros como una soldadera independiente, fuerte y hábil, en ciertos aspectos más incluso que sus compañeros masculinos (Martínez 2019: 104-114). Casi cien años después, también es así como Rivera Garza representa a Regina Sánchez, la segunda mujer de José María Rivera Doñez, a la que conoce en las filas de la División del Norte. A Regina, los demás soldados la admiran por ser “tan buena con el Mauser en la batalla como pasando armas de contrabando bajo las faldas o consiguiendo comida nada más al tomar un pueblo” (2020: 141). Es además, como Petra, una mujer lúcida y determinada. Se opone firmemente al matrimonio, que concibe como una institución patriarcal (2020: 152-153).

Así como Rivera Garza recalca en *Autobiografía del algodón* la voluntad y el vigor de algunas mujeres de su familia, aborda la violencia de género que recorre todo su árbol genealógico, desde Tomasa Peña, la bisabuela materna golpeada por su segundo esposo (2020: 242), hasta Liliana Rivera Garza, su hermana asesinada por un novio celoso (2020: 100), pasando por las ya mencionadas Regina y Petra, ambas casadas a la fuerza.⁷ Regina tenía apenas doce años cuando la casaron por primera vez (2020: 150). En cuanto a Petra, fue, según su acta de matrimonio, raptada por el propio José María Rivera Doñez, el abuelo de la autora, lo cual no deja de situarla en una posición incómoda. ¿Debería, o no, condenar este acto poco glorioso de su abuelo, protagonista del libro y héroe discreto de la huelga de Estación Camarón? Rivera Garza no puede aprobar este comportamiento pero tampoco puede rechazar en bloque la herencia de su abuelo. Se trata de un dilema frecuente para los autores de relato de filiación, quienes inevitablemente, en un momento u otro, deben lidiar con los rasgos de carácter, las ideas y acciones de sus antepasados que consideran menos respetables. En la mayoría de los casos, se esfuerzan por hacer perdonar al ascendiente protagonista del libro, o al menos procuran que se le entienda mejor. “Para ello”, señalan Kristine Vanden Berghe y Rahel Teicher, sitúan al ascendiente preocupado “en un contexto histórico que (siempre hasta cierto punto) explica sus decisiones o

⁵ Algo similar ocurre en *La cabeza de mi padre*, donde esta misma violencia *gore* estorba la investigación que efectúa Alma Delia Murillo en La Mira, ese pueblo michoacano vuelto “zona de guerra del narco” (2022: 68) donde espera encontrar a su padre después de treinta años sin verlo. En el momento en que reencuentra a su padre, Delia Murillo se da cuenta de que este trabaja como custodio de la propiedad de un importante capo del narco. Algunas de las historias familiares desveladas por Emiliano Monge en *No contar todo* también tienen vínculos más o menos estrechos con el narcotráfico.

⁶ El DRAE define así la palabra ‘nahual’: “En la mitología popular, animal simbólico que representa el espíritu protector de una persona”. Rivera Garza aclara que la propia Anzaldúa habla de su nahual en *Borderlands* (2020: 210), pero no cita su fuente en lo que concierne al de Petra Peña. Podemos preguntarnos por lo tanto si el vínculo entre Anzaldúa, la serpiente y la abuela paterna de la autora es real, o si se trata de una invención de esta última. Tal invención sería coherente con la revalorización de las figuras femeninas de su historia familiar y, más generalmente, con su voluntad de desmontar la oposición binaria masculino/femenino. La serpiente, afirma Cirlot en su *Diccionario de símbolos*, “es simbólica por antonomasia de la energía, de la fuerza pura y dura” ([1958] 2018: 776). Es un símbolo fundamentalmente ambivalente, negativo en algunas culturas occidentales, como la cristiana, pero positivo en otras, que, como la de América precolombina, veían en la ‘serpiente emplumada’ Quetzalcóatl el emblema mismo de la síntesis de los contrarios y del equilibrio de las fuerzas, la tierra y el cielo ([1958] 2018: 781).

⁷ Al feminicidio de su hermana, Cristina Rivera Garza dedicó *El invencible verano de Liliana* (2021).

llaman la atención sobre las ambigüedades de su carácter o de sus elecciones” (2022: 60). Es exactamente lo que hace Rivera Garza en este pasaje de *Autobiografía del algodón*, subrayando de paso que por falta de información no sabe, ni nadie podrá saber nunca, lo que realmente sucedió entre José María y Petra:

El matrimonio por rapto no era inusual en el medio rural de México a inicios del siglo XX. [...] El rapto, que ciertamente ha dado cuenta de un “apoderamiento” de la mujer por parte del hombre, ya sea por la fuerza física o a base de engaños y promesas, también exoneraba a los desposados de los costos, con frecuencia onerosos, de una boda. Y ambas cosas, tanto la ineludible desigualdad de género como la precariedad económica del mundo rural, ayudan a explicar el creciente número de hombres y mujeres que optaban por esta manera de iniciar una vida juntos. ¿Se enamoraron? ¿Tuvieron tiempo o ganas de participar en la danza irregular del cortejo? ¿La violó y el mundo machista en que vivían arregló un matrimonio para salvar su honra? Imposible saberlo a ciencia cierta (2020: 229).

Es lamentable que José María Rivera Doñez contribuyera al machismo que permeaba la sociedad mexicana rural de su tiempo, pero también es injusto, parecería sugerir Rivera Garza al intentar disculparlo, criticar a nuestros predecesores por no compartir la ideología de nuestro presente. Aparte del problema que el rapto de su abuela paterna le plantea a la autora, otra pregunta tal vez más desafiante aún subyace a este extracto. ¿Qué comportamientos y modos de pensamiento validados por nuestra sociedad de hoy los autores de relato de filiación de mañana deberán esforzarse por hacernos perdonar? ¿Podría ser que nuestra actitud de prepotencia hacia la naturaleza sea, como el machismo en nuestra época, el dilema al que tendrán que enfrentarse esos autores del futuro? Pongamos momentáneamente esta cuestión entre paréntesis, y concentrémonos en lo inmediato en la dimensión intertextual de *Autobiografía del algodón*, la cual constituye otro aspecto del relato de filiación al que Rivera Garza da nuevas vueltas, más vueltas y... Revueltas.

3. Filiación literaria

La literatura es para los autores de relato de filiación “un partenaire non seulement d’élection mais surtout d’intellection”, sostiene Dominique Viart en “Le silence des pères” (2009: 111). Convocar referencias intertextuales tiene para estos autores un doble efecto: les permite entender y exponer mejor su historia personal gracias a las reflexiones de escritores que los precedieron, reforzando al mismo tiempo el carácter literario de su propio relato. Si bien es común que un autor de relato de filiación se cree una genealogía de ‘precursores’ literarios, lo es en cambio menos, a juzgar por la lectura de los principales especialistas en el tema, que se empeñe en incorporar a uno de estos precursores en su genealogía familiar. En *Autobiografía del algodón*, Rivera Garza entrelaza la historia de sus ascendientes con la del escritor mexicano José Revueltas (Durango 1914-Ciudad de México 1976), pese a que nada le permita asegurar que estas dos historias realmente llegaron a cruzarse.

En marzo de 1934, con diecinueve años apenas, José Revueltas es enviado por el Partido Comunista de la Ciudad de México a Estación Camarón para apoyar la huelga de cultivadores de algodón que luchaban entonces por el respeto de su salario mínimo, de la jornada de trabajo de ocho horas, así como por la suspensión del pago de los préstamos bancarios y de los impuestos gubernamentales sobre sus tierras. Entre estos huelguistas se encontraba, como se ha dicho, el abuelo paterno de Rivera Garza, quien una y otra vez imagina en el libro un encuentro entre los dos hombres que querría real, pero que no deja de ser hipotético. Escribe verbigracia: “Existe ese momento. El momento en que José Revueltas pudo haber encontrado los ojos de José María Rivera Doñez en medio de una asamblea. O tal vez el encuentro de las miradas pasó desde antes, cuando Revueltas se bajó del caballo” (2020: 22). Aunque no pueda certificar que Revueltas y su abuelo se hayan conocido, la autora yuxtapone sus dos historias e incluso las vincula mediante una sagaz operación discursiva. El tono condicional de la segunda y de la tercera frase matiza la afirmación paradójicamente tajante de la primera: “existe ese momento” que “pudo”/“tal vez” haya existido. En un fragmento posterior del libro, insiste: “¿Se conocieron ahí, José Revueltas y José María Rivera Doñez, en Estación Camarón, sobre la tierra blanquiza e hiriente de la frontera [...]? Ojalá que sí” (2020: 97).

Amén de cruzar los destinos de Revueltas y de su abuelo paterno, Rivera Garza trenza la historia del primero y la de sus abuelos maternos, Cristino Garza Peña y Emilia Bermea Arizpe, quienes, después de haber vivido casi toda su vida en Estados Unidos, regresan a principios de los años 1930 a México para instalarse no lejos de Estación Camarón, en Estación Rodríguez. La autora los hace confluír en un mismo fragmento de manera algo contradictoria. A propósito de su abuelo materno, dice: “Nunca supo que ese jovencito de cabellos enmarañados por el polvo, ese activista que venía de la Ciudad de México y había llegado a Estación Camarón a caballo, estaba ya esbozando una novela” (2020: 247). Cristino Garza Peña no sabía de la novela que

Revueltas estaba escribiendo en Camarón, a unos pocos kilómetros apenas de su hogar, pero esta negación tiene el efecto paradójico de acercar sus respectivas historias. Y al igual que con su abuelo paterno, la autora insiste, en este caso doblemente, refiriéndose a sus abuelos maternos: “¿Vieron alguna vez al Sistema de Riego No. 4 con los mismos ojos exaltados de José Revueltas [...]? Ojalá que sí” (2020: 248); “¿Vieron alguna vez esos tractores con los que labraban la tierra como los vio José Revueltas [...]? Ojalá que sí” (2020: 253).

En los extractos anteriormente citados, Rivera Garza hace converger las miradas de Revueltas y de sus abuelos. Se figura un intercambio de miradas entre él y José María Rivera Doñez, y por otra parte desearía que Cristino Garza Peña y Emilia Bermea Arizpe contemplaran su entorno con los ojos de Revueltas, tal como lo vio el entonces escritor en ciernes durante su estadía en Nuevo León. Hay más: la autora procede de modo semejante con su propia persona. En camino hacia Estación Camarón, acompañada por Sorais, dice: “Imaginamos que vemos lo que vio Revueltas y que lo vemos también a él, cabalgando a nuestro lado” (2020: 31). Imagina ver lo que imagina que vio Revueltas y, como si esta sutil estratagema fuera poco, abole la distancia temporal que los separa y se sitúa literalmente a su misma altura, de tal suerte que avanzan juntos, él en 1934, ella en el presente, hacia ese lugar clave del relato familiar que es Camarón. Es así como Rivera Garza sella de forma definitiva el vínculo que la une al que elige como su predecesor.

Quizás no sea anodino después de todo que Cristina Rivera Garza se proyecte tanto en los ojos de José Revueltas, ya que comparte su visión del oficio de escritor. Él es el arquetipo del escritor comprometido, dispuesto a intervenir en los debates de su tiempo tanto a través de su obra como en carne y hueso, listo para defender sus ideas hasta las últimas consecuencias. Su ideología revolucionaria de izquierda puesta al servicio del proletariado, de los desposeídos y de los marginados, de todos ‘los de abajo’ en la historia moderna de México, le valió, al igual que su lucha por la libertad de expresión, múltiples estancias en las cárceles del país.⁸

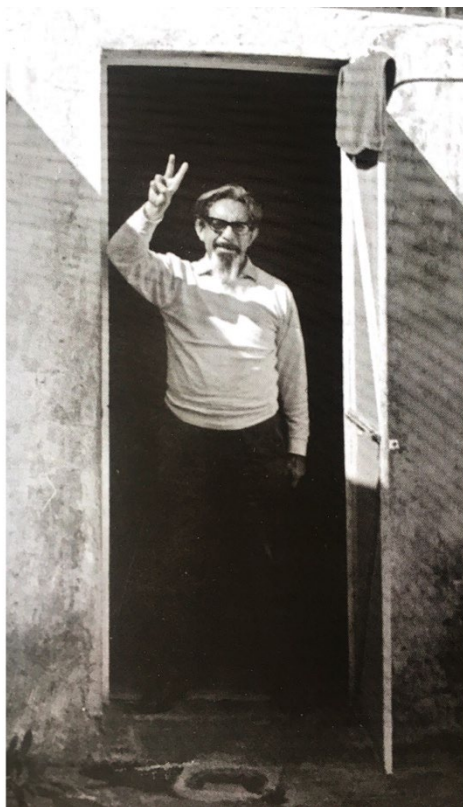


Ilustración 2. Revueltas en 1970, haciendo el ‘v’ de la victoria en su celda de Lecumberri (Mateo 2014: 41)

⁸ Según relata José Manuel Mateo en su cronología del autor, Revueltas tiene apenas 15 años cuando la policía lo aprehende en un mitin político y lo envía por primera vez en una correccional (2014: 153). Su vida no sería sino una sucesión de arrestos. Mencionemos entre otros el de 1934, por su labor en la huelga de Estación Camarón, que lo condena a casi un año en el penitenciario de las Islas Mariás (uno de los más terribles de la época), o el de 1968, por su participación en el movimiento estudiantil del mismo año, que le cuesta tres años en la prisión de Lecumberri (2014: 155; 169-171).

En cuanto a Rivera Garza, decir de ella que es una escritora socialmente comprometida es ya casi un lugar común. “Espacio de combate” —la expresión es de Roberto Cruz Arzabal (2019: 17)—, su obra denuncia y reexamina algunos de los problemas sociales más apremiantes de su país. En el capítulo de *Ser mujer y estar presente* (2014) que le dedica, Oswaldo Estrada hace hincapié en su singular compromiso con la causa femenina, y en la introducción de *Una escritura impropia*, Alejandro Palma Castro y Cécile Quintana destacan más generalmente su defensa del ciudadano frente a toda forma de opresión, así como su apoyo a las regiones mexicanas más olvidadas (2015: 8). Al igual que Revueltas, aunque sin llegar a los mismos extremos, Rivera Garza también se entrega en cuerpo y alma a su lucha, como cuando, en *Autobiografía del algodón*, cuenta desafiar el peligro en las rutas para reivindicar el derecho de las mujeres a ocupar el espacio público. Ambos escritores se afrontan a la realidad, arrancan la literatura a los cuellos blancos y la traen, en este caso preciso, a la violencia del norte profundo.

Cristina Rivera Garza se acerca aún más a José Revueltas al volver porosa, casi indistinguible en algunos lugares, el límite que separa *Autobiografía del algodón* de *El luto humano* (1943), la novela que Revueltas escribió a raíz de su experiencia en Estación Camarón. La trama de *El luto humano* comienza después del fracaso de la huelga de los agricultores. Un puñado de campesinos se niega a abandonar el lugar, hasta que una tormenta estalle y provoque un diluvio de dimensiones bíblicas ante el cual no tienen más opción que huir. Revueltas describe así este paisaje de apocalipsis: “El cielo no tenía luz, apagado, mostrando enormes masas negras que se movían espesamente, nubes o piedras gigantescas, o nubes de piedra” ([1943] 1981: 14). Aunque de novela apocalíptica, el libro de Rivera Garza no tenga nada, estas mismas ‘nubes de piedra’ constituyen un motivo que vuelve en él seis veces en total (2020: 21; 251; 264; 268; 269; 271). Emilio Garza Peña, abuelo materno de la autora, no se lo explica: “[Emilio] Estaba listo para creerlo todo. Para explicarlo todo. Pero esto que veía ahora ahí, en la medianoche de San Fernando, no tenía explicación” (2020: 251). Todavía en referencia al abuelo materno y a esa enigmática ‘nube de piedra’ vislumbrada por él, se añade: “Lo veía todo con una claridad aterradora, pero no sabía qué veía” (2020: 264). Tal como las interpreto, estas nubes pétreas que pasan de un universo diegético a otro constituyen un guiño mediante el cual Rivera Garza imbrica discretamente su relato y el de Revueltas.

Encontramos otro guiño con consecuencias parecidas en el fragmento titulado “Ruinación”, donde la autora constata, junto con Vega Sánchez Aparicio, quien la acompaña virtualmente en una visita realizada gracias a Google Earth, el estado de ruina actual de Estación Camarón.⁹ De esta pequeña ciudad, ya no queda nada, o mejor dicho casi nada, porque:

Algo debe de quedar. ¿Y quién en su incredulidad dice esto? Pero algo debe de haber resistido a la destrucción y, luego, la disolución. Y luego el recuerdo. Un sujeto sin voz articula, a pesar de todo, esa pregunta. Y luego dos. Este es su eco. Se trata del asombro. Un pie no camina solo. Venimos tú y yo juntas con todo y la distancia a cuestas. [Existe una materia nutrida en la atmósfera, como si los corazones se congregaran para erigir muros de energía y algo fuese a ocurrir...] Dos mujeres solas encaramadas en palabras. [Los huelguistas callan, pero tienen una voz.] Venimos en son de paz que es lo mismo a decir que venimos no a postrarnos sino a caminar. [Se trata del asombro.] Estación Camarón es una pila de tierra revuelta con escombros. [Se trata del asombro. Del asombro y del júbilo.] Un montoncito de piedras, eso es Estación Camarón. [Un pie no camina solo, sino que está unido a otros pies que a millares se articulan sobre la voz...] (2020: 78).

¿Quién es ese ‘sujeto sin voz’ cuyo ‘eco’ aún resuena en las ruinas de Estación Camarón? Si mi lectura de este pasaje es correcta, se trata del propio Revueltas, sin quien la huelga de 1934 hubiera permanecido indocumentada y Camarón y sus agricultores hubieran caído en el olvido. Lo que queda allí son resonancias de *El luto humano*, novela que aparece citada entre corchetes, de forma textual aunque en desorden, por Rivera Garza. Identificar este préstamo es tanto menos evidente cuanto que la autora no lo señala, ni en el presente extracto, ni tampoco en los créditos finales de su libro.¹⁰

⁹ Sánchez Aparicio es autora, entre otros, del capítulo “Escrituras mías de mí: la comunalidad en Cristina Rivera Garza”, incluido en el libro colectivo *Territorios del presente. Tecnología, globalización y mimesis en la narrativa en español del siglo XXI* (Peter Lang 2017).

¹⁰ En dichos créditos, Rivera Garza precisa hacer alusiones a *El luto humano* en los fragmentos “Ultimar”, “Telégrafos habitados”, “La forma de los pasos”, “Una visión anticipada” y “Una emigración extraña”, sin decir una sola palabra a propósito de “Ruinación” (2020: 308-309). El pasaje de *El luto humano* fraccionado y citado aquí entre corchetes es el siguiente: “Una huelga es aquello al margen del silencio, pero silencioso también. Los huelguistas callan, pero tienen una voz. Quédense quietos, pero como si caminaran. Los hombres tienen otra voz y otra manera de caminar y otras miradas, y en el aire se siente algo poderoso que sube como una masa firme. Se trata del asombro. Existe una materia nutrida en la atmósfera, como si los corazones se congregaran para erigir muros de energía y algo fuese a ocurrir, eminente y primero” (Revueltas [1943] 1981: 156).

Que el autor de un relato de filiación amalgame su historia familiar y la de su precursor literario es poco frecuente. Lo es aún menos, según mi conocimiento, que fusione su relato y la ficción de ese precursor. Tanta obstinación incita a preguntarse cuáles son las razones que motivan a Cristina Rivera Garza a relacionarse de forma tan estrecha con José Revueltas. Ya me he referido a cómo comparte con él la convicción de que un escritor debe comprometerse con las causas sociales de su tiempo. Otro elemento a favor de esta idea se encuentra en *Escrituras geológicas*, un ensayo reciente en el que la misma Rivera Garza describe a Revueltas como un escritor comprometido, y más precisamente todavía como un escritor *ecológicamente* comprometido:

Aunque Revueltas ha sido leído, y con razón, como un escritor político, es decir, un escritor profundamente preocupado por las relaciones de poder entre los medios de producción y los desposeídos de los mismos, entre capitalistas y miembros del proletariado, propongo aquí leerlo en cambio, además, como un practicante *avant la lettre* de la escritura geológica, para quien los dramas de la tierra no estaban limitados a la especie humana (vida vs. muerte), sino que involucraban también a otras formas de vida (animales y plantas) e, incluso, de no vida (las piedras, el suelo, los planetas) (2022: 37-38).

Evodio Escalante (2014) ha mostrado cómo el pensamiento rizomático de Deleuze y Guattari permite esclarecer retrospectivamente la obra de Revueltas. Como lo hicieron más tarde estos dos filósofos franceses, el escritor duranguense concebía nuestro mundo en términos de procesos de conexión y de conversión, más que en términos de entidades acabadas y separadas. Para ellos, todos los elementos que nos componen y nos rodean, del más ínfimo hasta el más grande, de la molécula al árbol pasando por la piedra, la flor o el animal, están conectados entre sí en múltiples puntos por relaciones imperceptibles que atraviesan todo, que llevan de unos a otros y transforman a los unos en los otros.¹¹ Este modo de pensar borra y supera las dicotomías entre el yo y todo tipo de Otro establecidas por la individualización moderna de nuestras sociedades, revincula a cada sujeto con todos los demás (hombre o mujer y sean cuales sean su edad, su origen étnico y su apariencia) así como con la naturaleza, de la cual es parte integrante. En *Autobiografía del algodón*, Rivera Garza recupera este paradigma y amplía la noción de filiación mucho más allá de su árbol genealógico, desplegándola a escala de todo el planeta, para denunciar la violencia ejercida por el ser humano contra la faz de la tierra

4. Ficción planetaria

Cada escritor absorbe, tanto como transforma la literatura del pasado. Si bien hay afinidades entre Rivera Garza y Revueltas, también existen diferencias, una de las cuales atañe al tratamiento de los personajes femeninos. Alejandro García Neria propone de los personajes femeninos de Revueltas una lectura globalmente positiva en su ensayo *Quebranto de espejos. La mujer en la obra de José Revueltas* (2014). Tiendo más bien a compartir el diagnóstico de Edith Negrín, quien, en su análisis pormenorizado de *El luto humano*, destaca que en esta novela al menos los personajes femeninos son superficialmente descritos, poco independientes e incluso pasivos (1995: 101-102). Otra diferencia importante concierne a la perspectiva temporal que Revueltas y Rivera Garza adoptan sobre los hechos de Estación Camarón. Mientras que *El luto humano* se concentra en los últimos días de un pequeño grupo de campesinos que lucha por su supervivencia, *Autobiografía del algodón* resitúa la huelga de Camarón en el contexto de más de un siglo de lo que Rob Nixon llama ‘violencia lenta’. En *Slow Violence*, el estudioso define así este concepto: “By slow violence, I mean a violence that occurs gradually and out of sight, a violence of delayed destruction that is dispersed across time and space, an attritional violence that is typically not viewed as violence at all” (2011: 2).¹² En la conciencia colectiva, la noción de violencia se suele asociar con la espectacularidad y la inmediatez. Ahora bien, al hablar de ‘violencia lenta’ Nixon se propone incluir también en esta noción actos que, como la tala de árboles o la contaminación del aire, son poco sensacionales y bruscos, pero que a largo plazo no resultan menos nefastos para la naturaleza y los seres humanos.

¹¹ Como un ejemplo concreto vale más a veces que una explicación abstracta, citaré este pasaje curioso de *El luto humano* en el que el narrador omnisciente en tercera persona abandona temporalmente su papel invisible para enfatizar sus raíces naturales: “Yo era sílice entonces y apenas, en mí, algo remotísimo, esencia de sombra, me situaba en el reino [...]. Mis átomos preparábanse para ser el dibujo de una vértebra; para advenir a la maravilla prodigiosa de la respiración, bajo el mar, de donde naceríamos. Era preciso el milagro y mi destino convertiríame en pez, en reptil, en ave, hasta llegar aquí, sollozando, sollozando eternamente” ([1943] 1981: 61). A propósito de estos fundamentos histórico-naturales del género humano que José Revueltas recordaba constantemente en su obra, véase también su biografía intelectual redactada por Jorge Fuentes Morúa (2001).

¹² “Por violencia lenta, entiendo una violencia que se produce gradualmente y fuera de vista, una violencia de destrucción diferida que se dispersa a través del tiempo y del espacio, una violencia agotadora que, típicamente, ni siquiera se percibe como violencia” (trad. propia).

Durante toda su vida, José María Rivera Doñez no conoció otra cosa que esta *slow violence* ecológica. En Venado, el pueblo al que se muda con María Asunción Vásques, su primera esposa, una fábrica de tejidos acapara el agua local sin dejarles nada, o casi, a sus habitantes (2020: 112-113). Incapaces en estas condiciones de impedir la muerte de su bebé, José María y María Asunción deciden abandonar Venado para trasladarse al norte del estado de Coahuila, donde el primero trabaja un tiempo en minas de carbón cuyos dueños no muestran, no obstante, mucho más respeto hacia el medio ambiente y sus trabajadores:

Las compañías extranjeras seguían agujereando la tierra en busca de más carbón y, así, con el paso de los días, lo único que quedaba eran algunos árboles raquíticos, una que otra loma bien pelona, y puro polvo. La paga, que había parecido buena al inicio, no sólo se les iba en alimentos cada vez más caros sino también en las rentas absurdas de las casuchas del campamento, y en las cooperaciones que había que dar para las familias de los mineros muertos (2020: 128-129).

Tras perder a otro hijo y a María Asunción, ser reclutado por la fuerza para pelear en la Revolución de 1910 y perder a Regina, su segunda esposa, José María prueba su suerte en Estación Camarón. Es, como ya se ha estipulado, un fracaso, que lo obliga a migrar todavía más hacia el este, a Poblado Anáhuac, donde una experiencia agrícola similar es llevada a cabo. Se logra allí la hazaña excepcional de desviar el agua del río Bravo para el cultivo del algodón, pero en apenas unos pocos años, la voracidad de los bancos y del gobierno mexicano, que supervisan el proyecto, reducen a la nada los esfuerzos realizados. Bajo su presión, la sobreexplotación de las tierras y el uso excesivo de pesticidas arruinan el trabajo de los ingenieros y de los campesinos (2020: 264-268).

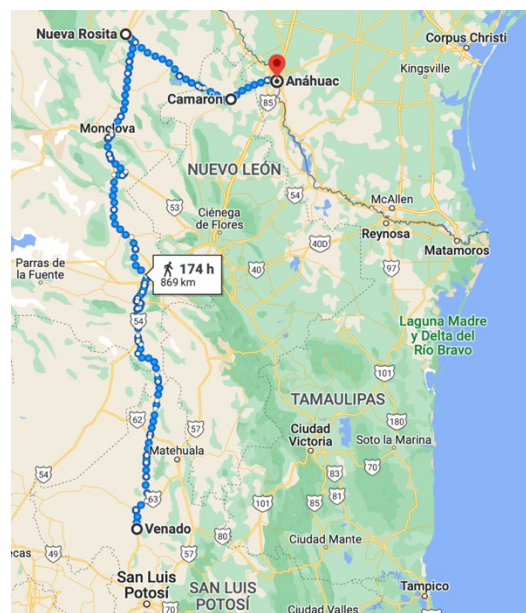


Ilustración 3. Migraciones sucesivas de José María Rivera Doñez

A lo largo de las décadas representadas en el libro, la *slow violence* ecológica se transforma, pero persiste e incluso se intensifica, más allá del fallecimiento de José María Rivera Doñez, hasta el presente desde el cual escribe Rivera Garza. Después del ciclo algodonero de los años 1930, Estación Camarón conocería según cuenta la autora una serie de otros ciclos de producción igualmente destructivos.¹³

Además del desplazamiento *físico* de las comunidades locales, el asalto sobre los recursos naturales de una nación conlleva a menudo, precisa Rob Nixon, su desplazamiento *imaginativo*. El 6 de octubre de 1930, con

¹³ En orden cronológico: el sorgo, la maquila y el *fracking* —método que consiste en crear grandes grietas en el suelo para extraer gas o petróleo— (2020: 283). Esta exacerbación de la *slow violence* ecológica afecta igualmente otros lugares que visita la autora en el marco de su investigación genealógica. En las afueras de Zaragoza, allí donde está enterrada Regina Sánchez, una planta termoeléctrica quema toneladas de carbón y la cervecería Corona roba el agua, exactamente como ya hacía la fábrica de tejidos de Venado a finales del siglo XIX, pero a escala industrial (2020: 298; 300-301).

ocasión de la inauguración del proyecto hidráulico que iba a permitir la irrigación de los campos de Estación Camarón, Plutarco Elías Calles, expresidente de México entonces representante del Presidente en funciones, confesó de acuerdo con Rivera Garza: “estar henchido de orgullo, comprometido hasta la médula con los nuevos aires del progreso” (2020: 39). Esto es típico de la violencia lenta: los relatos oficiales suelen enfatizar el ‘progreso’ nacional, en particular en el plano económico, escamoteando la deterioración ambiental y la degradación social de las comunidades perjudicadas, que pondrían en entredicho esta noción de ‘progreso’ común (2011: 150). La mayoría de los escritores activistas ecologistas (*environmental writer activists*) sobre los cuales escribe Nixon en su ensayo despliegan su imaginación para amplificar, a partir de un caso concreto, la causa de sectores enteros de la sociedad cuya calidad de vida, y a veces cuya existencia misma, es amenazada por la sobreexplotación de su medio natural (2011: 5).¹⁴ Al reconstituir la vida de su abuelo paterno, Rivera Garza no solo rescata una parte de su historia familiar sino que revela la de miles de campesinos que, como él, fueron desplazados en el territorio una y otra vez por diferentes formas de *slow violence* y, lo que es doblemente violento, excluidos de los libros de Historia.

El activismo medioambiental de Cristina Rivera Garza es interseccional. Como hemos visto, coincide en el libro con una sensibilización a la causa de las mujeres, de los trabajadores y de los huelguistas, pero también de las minorías étnicas —la autora reivindica orgullosamente su ascendencia indígena (2020: 154)—. Hay una conexión entre la erosión progresiva del medio ambiente y la erosión de diferentes derechos, igualdades y libertades civiles. Durante los más de cien años que cubre *Autobiografía del algodón*, el gobierno mexicano ha sacado provecho de la sobreexplotación de los recursos naturales nacionales, permitiendo que empresas extranjeras hicieran lo mismo, sin que a cambio las condiciones de vida de numerosos ciudadanos conocieran una mejora significativa. Todo lo contrario, si nos basamos en la vida de José María Rivera Doñez tal como la retrata su nieta, podríamos decir, guardando toda proporción, que antes incluso del advenimiento del narco una parte de los ciudadanos ya era tratada como ‘capital viviente’, como instrumentos destinados a ser solo medio de reproducción de la riqueza, como mercancías fácilmente desplazables, reemplazables y desechables.¹⁵ La misma Rivera Garza sugiere que podría ser esta *slow violence* que viene asolando el norte de México desde hace tanto tiempo, con toda impunidad, la que haya degenerado recientemente en la violencia *gore* que azota esta misma región. “Los campos de algodón de antaño se habían ido convirtiendo en los campos de batalla más álgidos de la así llamada guerra contra el narco”, enuncia la autora, quien añade: “La tierra del algodón es ahora la tierra de la sangre y la tortura” (2020: 295).

Los actos de violencia cometidos contra nuestro medio ambiente no conciernen únicamente al espacio, a los recursos naturales, al trabajo y al cuerpo de los trabajadores. También trastornan el tiempo. Mucho más allá del momento de su aplicación, los pesticidas, para no citar más que este ejemplo, perduran en el medio ambiente y en nuestros cuerpos, de suerte que el pasado se vuelve también presente y futuro a la vez.¹⁶ “If the past of slow violence is never past, so too the post is never fully post”, afirma Nixon (2011: 8). Lo mismo puede decirse de la lucha ecológica, que por las mismas razones nunca es realmente ‘pasada’ ni ‘post’. Cite más arriba el pasaje de *Autobiografía del algodón* en el que resuenan en las ruinas de Estación Camarón las palabras de José Revueltas, difíciles de detectar porque Rivera Garza no precisa su origen. Más difícil aún de detectar es la similitud formal entre este pasaje de *Autobiografía del algodón* y el de *El luto humano* en el que Revueltas expresa, no entre corchetes sino entre paréntesis, el pensamiento de su narrador heterodiegético.¹⁷

¹⁴ Se notará que existe un interesante punto común entre los autores de relato de filiación y esos escritores militantes sobre los cuales escribe Nixon en *Slow Violence*, a saber, que unos y otros suelen ser tránsfugos de clase. Una característica común entre los escritores activistas ecologistas es que, aunque se hayan emancipado de las modestas condiciones en las que vivían su familia, y por lo tanto ya no padezcan directamente las consecuencias sociales y económicas que puede tener la destrucción ambiental sobre las poblaciones más precarias, permanecen a pesar de todo atados por la memoria a los problemas de su medio de origen. Como intermediarios entre, por un lado, las clases más empobrecidas, y por otro lado, las que se benefician de, o no se ven inmediatamente afectadas por los actos de violencia lenta cometidos contra el medio ambiente, estos escritores son de acuerdo con Nixon los embajadores más motivados de la causa ecológica (2011: 26-27).

¹⁵ Es notorio al respecto el paralelismo entre las narcofosas del presente y las fosas comunes en las cuales, por falta de recursos, varios ascendientes de Cristina Rivera Garza fueron sepultados. En un fragmento que lleva este título, “Fosa común”, enumera incluso una serie de accidentes de mina, precisando para cada uno de ellos el número de mineros que quedaron atrapados bajo tierra (2020: 124-125).

¹⁶ Es el caso del DDT (dicloro difenil tricloroetano), ese pesticida del que, en la estela de *Silent Spring* (1962), el ensayo de Rachel Carson que contribuyó a la fundación de la corriente ecocrítica, *Autobiografía del algodón* señala los efectos adversos (2020: 265-268).

¹⁷ Me refiero al diálogo siguiente, entre Natividad y Adán: “-¿Cómo trabajan aquí? -preguntó [Natividad] sabiendo por experiencia que los métodos cambian según los climas y el cultivo. -Pues primero es barbechar... -repuso Adán con voz queda y nostálgica. (De cerca, sin embargo, el agua no era transparente; más bien blanquecina. Junto a las pequeñas compuertas de los drenes mostraba cierta espuma de salitre y materias perjudiciales.) -Luego viene la siembra... (A la larga este líquido impuro podría estropear la tierra, ya de suyo mala, dura, probablemente sin fosfatos en cantidad suficiente.) -Enseguida se deja y hay que empezar a regar, con mucho tiento, hasta que la mata esté un poco crecida... (Con abonos, suministrados en apreciable cantidad, y estableciendo un sistema de rotación que dejase descansar la tierra, podría explotarse aquello, no obstante, por un periodo más largo, pues de otra manera la vida de la unidad tenía el tiempo contado.) -Más tarde viene el desahije. Se quitan las malas hierbas dejando la

El narrador omnisciente de *Revueltas* sale momentáneamente de su reserva para sintetizar entre dichos paréntesis lo que Negrín define como la “verdad profunda” de esta novela, a saber, que mientras la tierra siga siendo la propiedad privada de unos pocos privilegiados (emprendedores, banqueros y/u hombres políticos), sus trabajadores y ella siempre conocerán la sobreexplotación (1995: 64-65). Hace casi un siglo, en el norte más norte de México, Estación Camarón se convirtió en antesala de la protesta contra la apropiación capitalista de la naturaleza. Rivera Garza recupera el ‘asombro’, la ‘voz’, los ‘muros de energía’ que se elevaron entonces, para prolongarlos y denunciar este fenómeno que entretanto no ha hecho sino acentuarse. Simbólicamente, por medio de estos corchetes, la autora reinserta la lucha de *Revueltas* y del conjunto de los huelguistas de Camarón en el tiempo presente, sugiriendo así que la misma sigue vigente, y que lo es, tal vez, incluso hoy más que nunca.

Antes de concluir volvamos al relato de filiación. Dos de sus nociones fundamentales son la *herencia* y la *transmisión*. Quien escribe hace énfasis, por una parte, en su sentimiento de ser el heredero material, moral o intelectual de algún allegado en general fallecido, y por otra parte, en su deseo de transmitir esta herencia a sus descendientes o a una generación posterior (Jongy y Keilhauer 2009: 11). Cristina Rivera Garza transmite en *Autobiografía del algodón* una herencia familiar en la que ancla otra herencia que podríamos calificar como ‘planetaria’. La *slow violence* ecológica que degradó las condiciones de vida de José María Rivera Doñez no lo afectó solamente a él, ni tampoco a su familia; altera nuestro planeta y, por consiguiente, nos afecta a todos y todas, humanos y no humanos. En el fragmento “Pertener es una palabra ardiente”, Rivera Garza declara:

Pertener es la primera condición, esto es lo que aseguraba *Revueltas*. [...] La condición primordial e ineludible del ser humano —el escritor entre ellos— es pertenecer. Aunque no se trata de una condición meramente humana. Pertenecer es la condición, también, del animal y de la planta y de la piedra. Pertenecer a la tierra. Ser uno con la tierra. [...] Se pertenece a la tierra y al cielo, pero no de una manera individual o aislada, no unívocamente, no de una vez y para siempre, sino con otros y en otros [...]. Se pertenece como quien responde, por el mero hecho de tener cuerpo, de estar hecho de una materia en común, a un requerimiento o una invitación de este planeta, de este sistema solar, de este universo. Pertenecer es estar mediado; aceptar esa mediación. Entregarse a ella. Pertenecer es habitar (2020: 87-88).

Todos y todas habitamos el mismo planeta y nuestra herencia común es su destrucción, que es también nuestra propia destrucción. Heredar puede ser percibido como algo negativo o positivo. Caracterizada por una violencia extrema aunque lenta, no cabe duda de que la herencia evocada en *Autobiografía del algodón* es más abrumadora que enriquecedora. No significa, empero, que no pueda ser transformadora. Esto dependerá de la capacidad de cada lector y cada lectora para aceptar esta herencia, extraer las enseñanzas para el porvenir y sembrar a su vez, aunque fuera modestamente, la semilla del cambio.

5. Conclusiones líquidas

El agua es otro motivo recurrente en *Autobiografía del algodón*. Su abundancia preserva la vida; su monopolización la amenaza. No podría concluir este artículo sin evocar la fluidez genérica de este libro, el cual demuestra que el relato de filiación y la autoficción no son compartimentos tan estancos como sugiere Dominique Viart. Este asegura en “Le silence des pères” que el relato de filiación es irreductible a la autoficción porque: “Cette forme littéraire a pour originalité de substituer au récit plus ou moins chronologique de soi qu’autofiction et autobiographie ont en partage, une enquête sur l’ascendance du sujet” (2009: 96).¹⁸ A la *interioridad* sondeada por el autoficcionalista, el autor de relato de filiación sustituiría de acuerdo con el teórico francés la exploración de su *anterioridad* familiar. En realidad, ninguna definición de la autoficción estipula que la misma es incompatible con una investigación encaminada a desenterrar el pasado familiar. *Fils* (1977), la novela en cuya contraportada aparece por primera vez el concepto de autoficción, nace precisamente a raíz de, y tematiza el fallecimiento de la madre de Serge Doubrovsky, quien aseguraba haber averiguado

mata limpiecita... (El modo de propiedad, por inadecuado, constituía, empero, un terrible obstáculo para cualquier reforma. Tal vez una cooperativa y la implantación del trabajo colectivo mejoraran todo.) -Después viene la primera cosecha... (Pero ahí había un banco, unos políticos, intereses cuantiosos.) (*Revueltas* [1943] 1981: 134-135). Cristina Rivera Garza cita este pasaje en *Escrituras geológicas* (2022: 64).

¹⁸ “Esta forma literaria tiene la originalidad de sustituir al relato más o menos cronológico de sí que autoficción y autobiografía comparten, una investigación sobre la ascendencia del sujeto” (trad. propia).

escrupulosamente, recuerda Vincent Colonna en *Autofiction et autres mythomanies littéraires* (2004: 93), cada hecho, cada fecha, cada nombre incluido en su novela. Huelga decir además que anterioridad e interioridad no son mutuamente exclusivas. Al auscultar su anterioridad, los autores de relato de filiación no pretenden sino alcanzar un mejor conocimiento de su propia interioridad, y no todos ellos conceden la misma importancia a una y otra noción. Hay, me parece, una gradación que va de relatos cuyo autor se borra al máximo para ceder todo el lugar o casi a su anterioridad —como en *No contar todo* de Monge—, a relatos donde la exploración de la interioridad prima sobre la anterioridad familiar —es el caso de *La cabeza de mi padre* de Delia Murillo— pasando por relatos que negocian un equilibrio más o menos justo entre estos dos polos —como *Autobiografía del algodón*—.

El único criterio que permitiría distinguir de manera tajante entre el relato de filiación y la autoficción sería el (no) recurso a la ficción. Viart sostiene que, a diferencia de la segunda, el primero se rehúsa a novelizar la historia que cuenta, o sea, a intensificar la parte novelesca del relato, y que, si lo hace, lo hace de forma explícita (2019: 20). El autor de un relato de filiación podría recurrir a la imaginación para colmar su ignorancia y los vacíos de su investigación, pero estos pasajes ficticios deberían aparecer claramente como tales en el texto, precedidos de fórmulas del tipo “Quiero creer que” o “Imagino que”. En ciertos lugares de *Autobiografía del algodón*, Rivera Garza hace saber mediante semejantes fórmulas que noveliza.¹⁹ Un análisis atento del libro demuestra sin embargo que, en otros lugares, la autora noveliza de forma mucho menos explícita. Se reapropia del motivo de la nube de piedra e inserta en su presente citas de *El luto humano* sin especificar su fuente, lo que contribuye a enredar *fact y fiction*, su relato de filiación y la autoficción.

Hay que mencionar asimismo que la propia Rivera Garza relativiza la oposición binaria entre prueba documental y ficción, entre investigación e imaginación. Comenta las lagunas e incluso los errores —la ficción— que contienen los documentos administrativos que consulta (2020: 219), y modifica voluntariamente algunas fotografías de forma tal que pierdan su carácter referencial. En la fotografía siguiente, por ejemplo, sujetos de otro tiempo caminan sobre una pradera hoy en día desierta. Pasado y presente se superponen, exactamente como en el extracto donde ecos de la novela de José Revueltas aparecen citados entre corchetes.



Ilustración 4. Fotografía intervenida, titulada “Telégrafos habitados” (2020: 161)

En el único artículo disponible hasta la fecha sobre *Autobiografía del algodón*, Roberto Cruz Arzabal se muestra reticente a calificar el libro como ‘autoficción’, no porque no crea que este libro sea una autoficción, sino únicamente porque teme que esta etiqueta pueda conducir a lecturas demasiado limitadas del mismo (2022: 57).

¹⁹ Así, resume el encuentro sin ambages entre la chata Micaela y el soldado Sifuentes en *Tropa Vieja* (1943), de Francisco Urquiza, antes de declarar: “De esa misma manera, directa y práctica, *imagino que* José María Rivera conoció a Regina Sánchez, su segunda mujer” (2020: 136, subr. mío).

Sintomáticos de esta relación confusa entre relato de filiación y autoficción son también, desde mi punto de vista, la expresión “autoficción de filiación” empleada por Johansson y Vivanco (2019), y la inclusión en un volumen colectivo dedicado a la autoficción del capítulo de Kristine Vanden Berghe y Rahel Teicher (2022) sobre el relato de filiación *Mi papá alemán*, de Mónica Müller. Veo una solución sencilla a este embrollo teórico, que no invalidaría de ninguna manera la definición de Dominique Viart: reconocer el relato de filiación como una forma de autoficción más apegada a la veracidad, como una subcategoría de lo que Vincent Colonna llama “autoficción biográfica” (2004: 94-117). En su ensayo, Colonna diferencia varias subcategorías de autoficción no mimética, como la grotesca, la fantástica o la onírica, sin hacer lo mismo con la autoficción biográfica. No afina esta noción, tal vez porque la autoficción más veraz no es la de su preferencia, pues la considera, según sus propias palabras, “propre aux grands narcissiques” (2004: 94). Resituar el relato de filiación dentro de la categoría de la autoficción biográfica tendría una doble virtud. No solo sería un primer paso hacia un conocimiento más profundo de este territorio literario que, veinte años después de su descubrimiento, sigue siendo una vasta *terra incognita*, sino que permitiría desmentir de una vez por todas el narcisismo que Colonna imputa a la autoficción biográfica, en la medida en que el relato de filiación liga indisociablemente interioridad y anterioridad, el yo y los otros.

Referencias bibliográficas

- Anzaldúa, Gloria (1987). *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza*. San Francisco: Aunt Lute.
- Cirlot, Juan Eduardo ([1958] 2018). *Diccionario de símbolos*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Colonna, Vincent (2004). *Autofiction et autres mythomanies littéraires*. Auch: Tristram.
- Cruz Arzabal, Roberto (2019), “Introducción”, en Roberto Cruz Arzabal (ed.). *Aquí se esconde un paréntesis. Lecturas críticas a la obra de Cristina Rivera Garza*. Ciudad de México: UNAM, págs. 13-23.
- , ----- (2022), “Figuraciones sesgadas: teatralidad, intermedialidad y yo autoral en Cristina Rivera Garza”, *Visitas al Patio*, vol. XVI, núm. 1, págs. 44-66. DOI: <https://doi.org/10.32997/RVP-vol.16-num.1-2022-3789>
- Delia Murillo, Alma (2022). *La cabeza de mi padre*. Ciudad de México: Random House.
- Escalante, Evodio (2014). *José Revueltas. Una literatura del “lado moridor”*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Estrada, Oswaldo (2014), “Cristina Rivera Garza: en gustos se rompen género”, en *Ser mujer y estar presente. Disidencias de género en la literatura mexicana contemporánea*. Ciudad de México: UNAM, págs. 227-252.
- Fuentes Morúa, Jorge (2001). *José Revueltas. Una biografía intelectual*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- García Neira, Alejandro (2014). *Quebranto de espejos. La mujer en la obra de José Revueltas*. Durango/Ciudad de México: Instituto de Cultura del Estado de Durango/Secretaría de Cultura.
- Johansson, María Teresa, y Lucero de Vivanco (2019), “Autoficciones de filiación en las narrativas de memoria: Chile, Argentina y Perú”, en María Teresa Johansson y Lucero de Vivanco (eds.). *Pasados contemporáneos. Acercamientos interdisciplinarios a los derechos humanos y las memorias en Perú y América Latina*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, págs. 311-325.
- Jongy, Béatrice, y Annette Keilhauer (2009), “Introduction. Héritage et transmission dans l’écriture contemporaine de soi”, en Béatrice Jongy y Annette Keilhauer (eds.). *Transmission/Héritage dans l’écriture contemporaine de soi*. Clermont-Ferrand: Presses Universitaires Blaise Pascal, págs. 7-16.
- Manuel Mateo, José (ed.) (2014). *José Revueltas. Iconografía*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Martínez, Josebe (2019), “Introducción”, en Nellie Campobello, *Cartucho. Relatos de la lucha en el Norte de México*. Madrid: Cátedra, págs. 11-130.
- Negrín, Edith (1995). *Entre la paradoja y la dialéctica. Una lectura de la narrativa de José Revueltas*. Ciudad de México: El Colegio de México/UNAM.
- Nixon, Rob (2011). *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*. Cambridge: Harvard University Press.
- Palma Castro, Alejandro y Cécile Quintana (2015), “Cristina Rivera Garza: desde la situación de lo impropio”, en Alejandro Palma Castro, Cécile Quintana, Alejandro Lambarry, Alicia Ramírez Olivares y Felipe Adrián Ríos Bareza (eds.). *Cristina Rivera Garza. Una escritura impropia*. Ciudad de México: Educación y Cultura, págs. 7-21.
- Revueltas, José ([1943] 1981). *Obras completas II. El luto humano*. Ciudad de México: Era.
- Rivera Garza, Cristina (2020). *Autobiografía del algodón*. Ciudad de México: Random House.
- , ----- (2022). *Escrituras geológicas*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana Vervuert.
- Valencia, Sayak (2010). *Capitalismo gore*. Barcelona: Melusina.
- Vanden Berghe, Kristine y Rahel Teicher (2022), “Discurso ideológico y discurso crítico en *Mi papá alemán*. Una vida argentina de Mónica Müller”, en Ana Casas y Anna Forné (eds.). *Pensar lo real. Autoficción y discurso crítico*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, págs. 53-69.
- Viart, Dominique (2009), “Le silence des pères au principe du ‘récit de filiation’”, *Études Françaises*, vol. XLV, núm. 3, págs. 95-112. DOI: <https://doi.org/10.7202/038860ar>

-----, ----- (2019), “Les récits de filiation. Naissance, raisons et évolutions d’une forme littéraire”, en *Cahiers ERTA*,
num. 19, págs. 9-40. Disponible en: <https://www.ejournals.eu/CahiersERTA/Numero-19/art/14846/>
Viart, Dominique y Bruno Vercier (2005). *La Littérature française au présent. Héritage, modernité, mutations*. Paris:
Bordas.